Por Ley al bayle

... convenga adquirir sobre todos los establecimientos públicos, comercios, fábricas, teatros, fondas, cafés, etc., con que cuenten todas ó las mas de sus poblaciones. Esta *Guia* y la CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA, se publicarán, además del idioma español, impresas en italiano, francés, inglés y aleman. Esta *Guia* se dará de regalo al fin de la obra á los señores suscritores que hayan cumplido con su compromiso.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El precio de suscricion será cuatro reales en toda España; Europa estanjera cinco reales, y en la América española y estranjera ocho reales cada entrega de 16 páginas, comprendiendo las láminas sueltas, vistas y mapas. Se reparte en cada entrega una lámina por separado del testo; y durante la publicacion de la obra el *Gran Mapa General de España*, del tamaño de cuatro metros próximamente, que los editores repartirán á sus suscritores por solo 10 reales adelantados.

Se suscribe en Madrid, en la Direccion, Redaccion y Administracion, PLAZA DE LAS CÓRTES, número 8, bajo, y en las principales librerías del reino y del estranjero. (*Se repartirán las Crónicas de las provincias alternadas.*)

Manuel Perez

POR IR AL BAILE.

POR IR AL BAILE.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA ORIGINAL

DE

D. CARLOS TRIGO.

Estrenada con gran aplauso en el Teatro de Variedades
la noche del 24 de Diciembre de 1872.

MADRID: 1873.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO.
SOLDADO, 4.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA.	D.ª CONSUELO TORRECILLA.
LUISA..	JUANA ESPEJO.
FERNANDO.	D. JOSÉ VALLÉS.
JULIAN..	ANDRÉS RUESGA.
DOMINGO..	MARIANO MARTINEZ.

La accion se supone en Madrid y en nuestros dias.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Puerta de entrada al fondo: á la derecha del espectador dos puertas: á la izquierda otra puerta y una ventana. Sobre una mesa un candelabro con luces.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, FERNANDO y DOMINGO. Aparecen Fernando y Elena; ésta con capuchon, Fernando acabando de quitarse un traje de Pierrot que Domingo deja sobre una silla, le dá una levita á Fernando y dice:

DOM. Quiere el señoritu otra cosa?
FERN. Nada.
DOM. Y la señorita?
FERN. No te han dicho que nada? Véte.
DOM. Ya me marchu. (Están de monus.)

ESCENA II.

FERNANDO, ELENA.

Despues de una breve pausa se levanta Fernando y se cuadra delante de Elena.

FERN. Vamos, ya estarás contenta ¿no es verdad?... Te

has propuesto aburrirme y lo has conseguido esta noche á las mil maravillas, haciéndome retirar del baile apenas habia principiado.

ELENA. Fernando, callemos y será mejor.

FERN. No, no quiero callar; es preciso que sepas que no soy ningun esclavo tuyo, y que puedo hacer todo cuanto se me antoje.

ELENA. Menos faltar á tus deberes.

FERN. Elena!

ELENA. Sí señor, menos faltar á tus deberes.

FERN. Es decir, que no puede uno tener á su disposicion un momento para distraerse con sus amigos?

ELENA. Con tus amigos, eh?... amigos con faldas... no son malos amigos los tuyos.

FERN. Eso es, y porque á tí se te antoje he de ser un descortés con cualquier señora á quien encuentre: pues esto es altamente ridículo, hija mia, y no lo haré, te lo prevengo.

ELENA. Sí, eh?...

FERN. Sí señor; tú eres una culebra de cascabel, yo soy, por el contrario, un hombre amable y complaciente.

ELENA. Demasiado complaciente por desgracia.

FERN. Pero díme ¿te parece razonable lo que acabas de hacer?

ELENA. Y qué es lo que he hecho... sepamos?

FERN. Ahí es nada; ir al baile una señora sola...

ELENA No he ido sola; me ha acompañado mi doncella.

FERN. Lo mismo dá; y sobre todo ir detrás de mí como una mujer cualquiera, y sacarme del salon sin dejar que me despidiera de la persona con quien estaba hablando.

ELENA. Buena será esa persona.

FERN. Una señora dignísima y muy respetable: nada menos que la esposa de un senador.

ELENA. Y cómo se llama?

FERN. No me acuerdo en este instante; pero sea quien

fuere... crees que es juicioso tu comportamiento?

ELENA. Y quién tiene la culpa de ello sino tú?... Dejarme sola en casa y marcharse á coquetear vestido de monigote... un hombre casado... y que ya no es ningun niño.

FERN. Tampoco soy ningun viejo; me parece que treinta años...

ELENA. Treinta no más?...

FERN. Sean los que fueren, no estoy aun en el caso de tomar un rosario porque así te acomode.

ELENA. Tampoco yo me considero obligada á sufrir tus devaneos; ya lo sabes.

FERN. Hola! hola!... me alzas el gallo? pues cuidadito conmigo.

ELENA. Si crees que me asustan tus amenazas, te engañas.

FERN. Conque no te asustan?

ELENA. No, porque al punto á que han llegado ya las cosas me encuentro resuelta á todo.

FERN. Elena!... Elena!... (Amenazándola.)

ELENA. Qué? (Con arrogancia.)

FERN. Nada. (Calmándose de pronto.)

ELENA. Más valia que tuvieras juicio, que buena falta te hace.

FERN. Cuando le digo á usted que la adoro!...

ELENA. Y que te retirarás á tu casa á las horas regulares. En dónde estuviste anoche, que viniste á la una?

FERN. Te incomodas, y te va á dar la jaqueca.

ELENA. En dónde estuviste, dí?

FERN. Quieres que llame á tu doncella?

ELENA. No te conviene responderme?

FERN. Veo que no podémos entendernos. (Sentándose.)

ELENA. Coqueton!... Traviato!...

FERN. No me lleves á *Pol*...

ELENA. Te incomodo, no es cierto?

FERN. A mí no; así como así voy á acostarme en seguida... Haremos la vida del colegial para darte gus-

to; unas sopitas, y al anochecer á la cama... Y tú no te acuestas tambien?

ELENA. Sí, voy á hacerlo: me duele la cabeza, y tal vez en la cama encuentre algun alivio.

FERN. Es natural; el calor de la sala, el ruido, y sobre todo, la falta de costumbre... (Levantándose.) Con que anda, acuéstate, hija mia, acuéstate.

ELENA. (Falso!) Buenas noches. (Váse 1.ª puerta derecha.)

FERN. Anda con Dios.

ESCENA III.

FERNANDO.

FERN. Soy el hombre más desgraciado del mundo, sí señor. Figúrense ustedes que en el baile de la Zarzuela de esta noche me encuentro una chica lindísima, con una mano preciosa, unos ojos así, como dos soles, y sobre todo, un pelo... vaya un pelo!... en fin, de mistó. Pues señor, entablo mi conquista, la bloqueo, y cuando ya estábamos entrando en materia... zás! me tiran un pellizco que me hace ver las estrellas: miro, y me encuentro á mi mujer, á quien yo creia muy tranquila en casa, que se agarra de mi brazo, y quieras que no quieras, me hace venir con ella... Qué les parece á ustedes? Vamos, si las mujeres propias son lo más inconvenientes... Pero es el caso que en mi aturdimiento me he traido en el bolsillo el pañuelo de esa muchacha, y debo devolvérselo. (Lo saca.) Y qué bien huele!... Sí, debo ir á devolvérselo y á excusarme... Qué diria de mí en otro caso? (Mira despacio por la cerradura del cuarto de Elena.) Bravo! se ha acostado ya... me marcho, está dicho: el salon se halla á dos pasos de aquí y en un salto voy y vuelvo antes que mi mujer se aperciba de nada. Domingo! (Llamando por la puerta del fondo.)

ESCENA IV.

FERNANDO y DOMINGO.

DOM. Señoritu...
FERN. Chit!.. habla bajo.
DOM. Baju?..
FERN. Chit!.. Dame el sombrero.
DOM. Vá usté á salir? (Trayéndolo.)
FERN. Sí.
DOM. Y si lo sabe la señora?
FERN. Calla, mameluco.
DOM. Ya me callu.
FERN. Dejo aquí este traje (Por el de Pierrot.) para destruir las sospechas; allí tomaré un dominó. Escucha, me voy por la puerta escusada para no hacer ruido. Cuando vuelva daré tres golpecitos y me abres en seguida.
DOM. Está bien.
FERN. Oye; y tú, silencio; alúmbrame. (Toma Domingo el candelabro y vánse por la 2.ª puerta izquierda del espectador.)

ESCENA V.

ELENA, luego DOMINGO.

ELENA. (Asomando á la puerta de su cuarto despues de haber ellos salido.) Me pareció haber oido... si habrá querido engañarme... es capaz de hacerlo.
DOM. (Entrando con la luz; y parándose al ver á Elena, dice aparte.) (Todo se lo llevó la trampa.)
ELENA. Veamos. (Abre la puerta 2.ª derecha.) Se marchó otra vez!.. lo sospechaba.
DOM. Señurita, yo no sé nada.
ELENA. Y se iba á acostar!.. infame!.. oh! yo sabré con qué objeto vuelve al baile. Deja allí esa luz.
DOM. Repitu que yo no sé nada. (Dejándola.)

ELENA. Bien, eso lo veremos luego. Ahora haz lo que voy á mandarte.

DOM. Obedezcu.

ELENA. Quítate esa levita.

DOM. Que me quite la levita?

ELENA. Sí.

DOM. Delante de usted?

ELENA. Sí, date prisa.

DOM. Pero...

ELENA. Qué pesado. (Tirando de una manga.)

DOM. (Qué irá á hacer conmigo?) Señorita... qué más me quitu?

ELENA. Nada más; ponte ahora este traje. (El Pierrot.)

DOM. Ese traje?

ELENA. Sí, vamos.

DOM. No lo entiendu... (Poniéndosele de mal modo.)

ELENA. Así, torpe.

DOM. Como nunca me he vestidu de mamarrachu...

ELENA. La careta. (Le dá una nariz postiza.)

DOM. Ya está. Qué más hagu?

ELENA. Ahora te vas á la Zarzuela, buscas al señorito, y le sigues para ver todo lo que hace, y decírmelo luego.

DOM. Yo ir al baile? Dios me libre!... Y si me conoce el señuritu?

ELENA. Qué quieres más, una moneda de cinco duros, ó que te plante yo mañana en la calle?

DOM. La muneda.

ELENA. Pues entonces, en marcha.

DOM. Pero voy á tener frio con esta ropa...

ELENA. Ponte encima la capa para ir por la calle.

DOM. Y no vé usté que si el señuritu huele quién soy, me vá á rumper una custilla?

ELENA. Basta de observaciones; ó la moneda de cinco duros ó á la calle mañana.

DOM. Voy, sí señora; pero ya verá usté cómo me rompe una costilla.

ELENA. Pues anda; ya sabes lo que te he dicho, y cuidado como te portas... (Llaman.) Llaman? quién será á estas horas?.. entra ahí. (2.ª puerta derecha.)

ESCENA VI.

ELENA y LUISA, ésta con dominó y con una careta en la mano.

LUISA. Estás sola, Elena?

ELENA. Sí. Qué te trae por aquí tan tarde, Luisa mia?

LUISA. Te lo voy á explicar: tú ya sabes lo enemigo que es mi marido de los bailes de máscaras, y que no quiere llevarme á ninguno, cuando á mí me gustan tanto; pues bien, aprovechando la ocasion de ir mis vecinas, las de Lopez, á dar esta noche una vuelta á la Zarzuela, me he ido con ellas, sin decirle á él nada, para ver aquello y volverme á casa enseguida.

ELENA. Qué locura!

LUISA. Pero, hija, no es esto lo peor, sino que desde que entré en el salon me ha pillado por su cuenta un pollo tan pegajoso, que no me ha dejado un momento, hasta el punto de venirse detrás de mí cuando he tenido que retirarme.

ELENA. Y tú que has hecho?

LUISA. Dejarlo plantado en la calle y meterme aquí para hacerle comprender que esta es mi casa, y ver si así se marcha. (En la ventana.) Pero cá! míralo, como un poste en la acera de enfrente.

ELENA. Es verdad.

LUISA. Pues hija, es preciso que venga tu criado conmigo, para evitar que ese tonto se llegue á mí por la calle y me comprometa. No está en casa?

ELENA. Sí; sal Domingo.

ESCENA VII.

ELENA, LUISA, DOMINGO.

DOM. Aquí estoy.

LUISA. Calla! qué es esto? vaya una facha!

DOM. (Debo estar hecho un hipopótamu.)

ELENA. Le he vestido así para que vaya á seguir á Fernando que se ha ido esta noche tambien á la Zarzuela.

LUISA. Él, como siempre, tan coqueton... qué plaga de maridos, hija! Unos por una cosa, y otros por otra, ya son buenos todos.

ELENA. Y no temes que el tuyo vaya á tu casa y no te encuentre?

LUISA. No, él no viene nunca del café hasta muy tarde.

ELENA. Pero si esta noche se encuentra aquí, en el cuarto principal, haciendo la partida de tresillo á nuestro tio el brigadier que está algo delicado y no sale de casa... así me lo ha dicho Fernando, y ya ves si es fácil que tropieces con él.

LUISA. Y yo que ignoraba esto!.., si no, cómo es posible que hubiera subido aquí... Afortunadamente es aun temprano, y llegaré yo á casa antes.

ELENA. Acompaña á mi prima hasta su casa, y enseguida vete volando al baile, y ya sabes lo que te he dicho.

DOM. Quedo enteradu.

LUISA. Adios, Elena, y muchas gracias.

ELENA. Adios, y tén más juicio. (Se besan.)

ESCENA VIII.

ELENA.

ELENA. Qué muchacha más loca! Dios quiera que no le suceda algo... Pero esto va á retrasar mi proyecto, y entretanto mi señor marido sabe Dios lo que es-

tará haciendo... ¡Y se iba á acostar! Infame!... ya me temia yo que trataba de engañarme... pero no se saldrá con la suya; yo se lo aseguro.

ESCENA IX.

ELENA, LUISA, DOMINGO.

ELENA. Qué es eso? por qué te vuelves?

LUISA. Ay, Elena de mi alma! si supieras... estoy muerta de miedo.

ELENA. Pero qué ha ocurrido?... habla.

LUISA. Que he encontrado á mi marido en la escalera.

ELENA. No te lo dije?

LUISA. Y aunque me puse en seguida la careta, debe haberme conocido, porque se ha parado observándome con recelo... y ya ves qué compromiso.

ELENA. No es flojo.

LUISA. En tal situacion he creido lo más prudente volver atrás para que me digas lo que debo hacer, porque si sabe que he ido al baile, me mata. (Llaman.) Gran Dios! él es, no tengo duda; viene á asegurarse, ya lo verás.

ELENA. Pues escóndete aquí (Señalando su cuarto.) y dame tu dominó; le diré que voy á salir y así se marchará.

LUISA. Oh! sí, sí, que no me vea. (Se quita el dominó que se pone Elena, y entra en la 1.ª puerta derecha.)

DOM. (Huéleme que va á haber palus.)

ELENA. Y tú entra aquí tambien y no salgas hasta que yo te llame.

DOM. (Cuando digo que va á haber palus!... (Entra en la 2.ª puerta de la derecha.)

ESCENA X.

ELENA y JULIAN. Al entrar éste alcanza á ver entrar á Domingo en el cuarto y dice aparte desde la puerta

JUL. (Allí se ha escondido... Señora... (Dirigiéndose furio-

so á Elena creyendo que es Luisa.) Respiro..... no era ella.

ELENA. (Desentendiéndose.) Cómo! tú aquí, Julian, á estas horas?

JUL. Sí... venia..... es decir, tenia que ver á Fernando precisamente sobre... sobre un asunto... está en casa?

ELENA. No... aún no ha venido; quizá esta noche se retrase algo, segun me ha dicho.

JUL. (Ya se conoce.)

ELENA. Si es cosa que puedes decirme á mí, yo le daré el recado cuando venga.

JUL. (Quieres echarme, te veo). No, tengo que verle á él.... pero sentiría molestarte, Elenita; sin duda ibas á salir... ese traje al menos lo indica.

ELENA. Sí, voy á dar un vistazo al baile del Real con mis vecinas del entresuelo; las de Espino, ya sabes.

JUL. Sí. (No estás tú mala espina.)

ELENA. Cosa de un momento nada más.

JUL. Ya lo supongo. (Si esperas que me marche ya estás fresca.) (Se sienta.)

ELENA. (Y será capaz de no irse!) Y á tí no te gustan los bailes de máscaras?

JUL. No, prima, jamás me han gustado, y es más; no comprendo el placer que encuentran haciendo piruetas las personas formales. (Ahí vá eso.)

ELENA. Qué quieres!... ha de haber de todo en el mundo.

JUL. Si, ya lo veo.

ELENA. A tu primo Fernando, por ejemplo, le gustan mucho.

JUL. Es que mi primo... es mi primo... y no digo más... (Toma castañas).

ELENA. (Despues de una pausa.) (Nada, no conoce que estorba.)

JUL. (Está impaciente; pues lo que es yo no pierdo de vista al individuo.)

ELENA. (Y pensar que mi marido se estará riendo de mí,

mientras yo me desespero... no aguardo más, y salga lo que saliere). Primo...

JUL. Prima...

ELENA. Ya te he dicho que he de irme...

JUL. Sí, ya lo sé.

ELENA. Pues dispénsame si...

JUL. No faltaba más; vete cuando quieras; entre nosotros no hay cumplidos.

ELENA. Entónces te dejo. (Veremos si dejándole solo se marcha). Adios.

JUL. Adios, primita, que te diviertas mucho. (Acompañándola hasta la puerta.)

ESCENA XI.

JULIAN.

JUL. Ay! no es mal susto el que he llevado!... Creí que era mi mujer la que he encontrado en la escalera acompañada de un individuo, y ahora resulta que es la Elenita. (Qué mal pensados somos los maridos!... Ya se vé, como se dan tantos chascos!... Pero ya decia yo; sino puede ser Luisa; ella tan juiciosa y tan... Apuesto á que en este momento se halla muy tranquila en casa bordándome el gorro que quiere regalarme el dia de mi santo... ¡Pobrecilla! ¿Y qué tal la primita?... Con esa cara que parece que nunca ha roto un plato... Fiese usted de las gatitas mansas!... Pobre Fernando! Vamos, si hay maridos que son lo más descuidados... Para que á mí me pasara eso!... Pero no en balde están los amigos, y lo que es el seductor no logrará más su intento. Allí le tengo, y no se me escapará hasta entregárselo al marido. (Suenan tres golpes.) Calle! han dado tres golpes á la puerta escusada... si será una señal? Veamos. (Toma el candelabro y entra en la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XII.

LUISA y DOMINGO.

LUISA. (Aparte y á tientas.) No hay nadie; si yo pudiera salir de aquí... Probemos.

DOM. (Idem.) Se han idu; si topara con la puerta... no la topu... cuernu!... (Tropezando con una silla.)

LUISA. Dios mio! aquí hay alguien... no me atrevo á moverme.

DOM. Paréceme que anda gente; no las tengu todas conmigu.

LUISA. Y no hallo la puerta del gabinete. ¡Ay! (Tropieza con Domingo.)

DOM. No lo dije?... esto es sério. (Da un salto.)

LUISA. No sé donde me encuentro... Oh! aquí me escondo. (Caminando á tientas entra en donde estaba Domingo.)

DOM. Qué vuelven!... A la gazapera, Domingu. (Éntrase aturdido en donde estaba antes Luisa.)

ESCENA XIII.

JULIAN y FERNANDO.

FERN. Pero qué significa esto? (Quitándose el abrigo y el sombrero.)

JUL. Chit!... (Dejando en el velador la luz.)

FERN. Pero en dónde está mi criado?

JUL. Calma, hombre, calma.

FERN. Julian quieres decirme á qué viene todo esto, y por qué en lugar de Domingo sales tú á abrirme la puerta?...

JUL. Calma, hombre, que todo se andará; para qué están los amigos?

FERN. Lograrás que me impaciente.

JUL. Chit... (Mirando las puertas.)

FERN. Pero qué estás haciendo? A qué vienen esos misterios?

JUL. Fernando... eres hombre de valor?

FERN. Qué pregunta!

JUL. Contéstame.

FERN. Creo tenerlo.

JUL. Entendámonos; no es el valor de los puños... sino el valor... el valor pasivo, digámoslo así.

FERN. Tambien le tengo.

JUL. Pues entonces prepárate á oir una cosa gorda... muy gorda!

FERN. Hombre, quieres hablar de una vez?...

JUL. Pero no temas; aquí estoy yo que velo por tí.

FERN. Tú?

JUL. Sí, yo, que esta noche he sido tu ángel tutelar, pues á no ser por mí... pobre primo!... te habia pillado el toro.

FERN. No comprendo esos enigmas.

JUL. Conque enigmas, eh? escucha. Recuerdas la historia de Orlando el Furioso?

FERN. Pero qué tiene que ver ahora?...

JUL. Oyeme, hombre: Orlando el Furioso era un buen mozo, así como tú; pero á pesar de ello, Angélica, su mujer, ó lo que fuere, porque de ello no estoy muy al corriente, le plantó por un tal Medoro, que era todo un mamarracho.

FERN. Y bien?

JUL. No has comprendido la... metáfora?

FERN. Ni esto.

JUL. Pues me parece que no he podido decírtelo con más diplomacia.

FERN. Julian... tú has cenado fuerte esta noche... la verdad.

JUL. Eso es decir que estoy alumbrado: ¡oh ingratitud humana! Así pagas el interés de un hombre que ha impedido que caiga sobre tu cabeza...

FERN. Qué?... acaba.

JUL. La emocion no me deja proseguir... infeliz esposo!

FERN. Vamos, este está loco.

JUL. Allí... (Señalando donde está Luisa.) Allí está el cuerpo del delito.

FERN. Allí?.. no comprendo...

JUL. Sí... allí le tengo. (En ademan trágico.) Esta noche... hace un momento, le he sorprendido aquí con ella.

FERN. Y quién es ella?

JUL. Quien ha de ser!.. no lo adivinas?.. tu esposa, desgraciado! (Ya lo solté.)

FERN. Mi esposa? Sabes lo que estás diciendo?

JUL. Calma, hombre, calma.

FERN. No, es preciso que te expliques; lo quiero, entiendes?

JUL. Comprendo tu dolor y te acompaño en el sentimiento.

FERN. No basta eso: es menester que me lo digas todo

JUL. Quieres que te lo diga todo?

FERN. Sí, lo exijo.

JUL. Pues bien, ya te lo he dicho todo; no sé una palabra más.

FERN. Es falso.

JUL. Repito que no sé más.

FERN. Julian, Julian, esas chanzas son de muy mal género.

JUL. Chanzas, eh?.. no es mala chanza la que tu mujer te está jugando.

FERN. Pero yo necesito pruebas de lo que dices: dámelas ó ay de tí!... en otro caso.

JUL. Con que quieres pruebas? Pues sea. (Cogiéndole una mano.) Ves aquella puerta? pues allí están las pruebas; allí está el seductor.

FERN. Allí?.. vive Dios! Lo veremos.

JUL. (Deteniéndole.) Chit!.. yo le sacaré; tú estate quieto.

FERN. De ningun modo.

JUL. Déjame obrar á mí, hombre. No soy tu primo?

ahora verás. (Abre la puerta del cuarto donde está Luisa.) Salga usted, caballero.

ESCENA XIV.

JULIAN, FERNANDO y LUISA: esta llevará puesta una careta que sostendrá con la mano.

JUL. Calla!..

FERN. Qué es eso?

JUL. Esto... es una mujer.

FERN. Ya lo veo. Y quién es esa mujer?

JUL. Eso digo yo, quién es esa mujer?

FERN. Pues no me aseguraste que era un hombre lo que habia en ese cuarto?

JUL. Sí, un hombre.

FERN. Y ahora aparece una mujer.

JUL. Sí, una mujer.

FERN. Pues cómo es esto?

JUL. Ahí verá usted.

FERN. No lo comprendo.

JUL. Ni yo tampoco entiendo lo que me pasa esta noche: hace poco he encontrado á mi mujer en la escalera, y despues veo que no es mi mujer; sorprendo aquí un hombre al tiempo de esconderse en ese cuarto, y ahora resulta que no hay tal hombre... si estaré yo soñando?.. á ver, tírame un pellizco... hazme este favor, hombre, pellízcame.

FERN. Déjame de tonterías, y sepamos qué hacia esa mujer oculta en mi gabinete.

JUL. Y me lo preguntas á mí? Vamos, primo, que nos conocemos.

FERN. Te juro...

JUL. Bien sabes hacer la deshecha, bribon, pero no cuela... Y no tiene mala traza la prójima. Pero ahora que reparo... ese vestido... ese aire... qué sospecha! Si estaré yo haciendo el primo de veras? A ver, señora, quién es usted?.. necesito saberlo...

lo entiende usted? (*La coje con violencia del brazo, haciéndole caer al suelo la careta.*) Gran Dios! qué miro!.. mi mujer!.. Ahora si que estoy despierto.

LUISA. (Me descubrió.)

JUL. Diga usted, señora; qué ha venido usted á hacer al cuarto de este caballero? Responda usted... pero no... ya lo comprendo todo; era una cita; por eso llamó él con tanto misterio; y entretanto estaba yo dándole consejos, yo... el verdadero paciente! si soy lo más rocin... (*Queriendo darse cachetes.*)

LUISA. Escúchame, Julian.

JUL. Calle usted, señora, calle usted! Y yo que creia que que estaba en casa bordándome el gorro!..

LUISA. Si quisieras escucharme...

JUL. No hable usted una palabra más, se lo prohibo; no es con usted con quien debo yo entenderme, sino con ese primo infiel que ha abusado indignamente de mi inocencia y buena fé.

FERN. Julian, te juro que no sé una palabra de lo que está aquí pasando.

JUL. Hombre, es cuanto me queda que ver; con que no sabes nada y tienes una mujer escondida en tu dormitorio?... lo sabrá el vecino de enfrente.

FERN. Repito que no sé nada, y apelo á ella misma.

JUL. Justo! pues no faltaba más sino que ella te desmintiera... Crees tú que voy á tragarme el anzuelo?... Pero yo me tengo la culpa de todo; yo... fíese usted de los amigos!... sea usted guardian de su honra, mientras ellos le quitan á usted la suya!

LUISA. Pero Julian...

JUL. Silencio; yo sé lo que debo hacer.

FERN. Haz lo que quieras; más vuelvo á añadir que soy ajeno á todo.

JUL. Eso me lo dirás en otra parte.

FERN. En donde tú quieras; ya me voy amoscando yo tambien!

JUL. Sí? pues corriente; mañana mismo, á las siete en

punto, junto á las tapias de los Campos Elíseos, allí te esperaré: llevaremos un par de pistolas, y una vez sobre el terreno, cataplum!... uno de los dos dejará de existir.

LUISA. Qué horror!

FERN. Me alegro: así saldré de un hombre tan fastidioso y tan terco como tú.

LUISA. Pero Fernando...

JUL. Y yo libraré á la sociedad de un ex-pollo presumido, que hasta las mujeres de sus parientes no sabe respetar.

LUISA. Pero Julian...

FERN. Eso lo veremes.

JUL. Vaya si lo veremos, señor botarate.

FERN. Qué te atreves á decir, mentecato?.. sino mirara...

JUL. Qué, qué... vamos á ver? (Cuadrándose.)

LUISA. Por Dios, por Dios, señores! (Interponiéndose.)

JUL. Qué harías, hombre, qué harias?

LUISA. Ay... ay!... me muero, me muero! (Finge una convulsion. Fernando la sostiene.)

FERN. Luisa! Luisa! (Haciéndola aire.) Ves lo que has hecho con tus inconveniencias?

JUL. Con las mias, eh?.. me gusta; esto solo me faltaba, hombre.

FERN. Vamos, Luisa, serénate.

JUL. Sí, tranquilízala, entretanto, voy á mandar que busquen á tu mujer para que se entere del asunto: ya verás.

FERN. No, yo soy quien vá á llamarla para que me explique todo esto. Tén. (Dándole á Luisa, que sigue desmayada, y llamando luego al cuarto de Elena.)

JUL. Sí, llama, llama, ahí te espera.

FERN. Pues en dónde está?

JUL. Vaya un marido, que no sabe en donde está su mujer!

FERN. Lo veremos. (Abre con violencia y entra.)

ESCENA XV.

JULIAN, LUISA.

LUISA. Julian... (Volviendo en sí.)
JUL. Calle usted, señora.
LUISA. Pero escúchame un momento.
JUL. No escucho nada; huya usted de mi presencia, Lucrecia Borgia; huya usted ó la voy á hacer añicos.
LUISA. Pero es posible?...
JUL. Uf!... huya usted... huya usted!... (Yendo á ella.)
LUISA. Qué atroz! (Entra en el mismo cuarto de donde salió.)
JUL. Así, así... es preciso tener carácter.

ESCENA XVI.

JULIAN, FERNANDO y DOMINGO.

FERN. (Sacando de la mano á Domingo, que estará receloso toda la escena.) Qué es esto? (A Julian.)
JUL. Eso, eso parece un hombre.
FERN. Y quién es este hombre?
JUL. Eso digo yo: quién es ese hombre?
FERN. Tú lo sabes.
JUL. Que yo lo sé?...
FERN. Sí: tú me has hablado de él ahora mismo; tú le conoces.
JUL. Con que yo le conozco?
FERN. Sí, tú eres su cómplice.
JUL. Hombre, esto solo me faltaba: que yo tambien supiera... estaria gracioso!
FERN. Responde: qué hace aquí este hombre?...
JUL. Pregúntaselo á tu mujer, en cuyo cuarto estaba escondido. (Toma y vuelve por otra.)
FERN. Si no acabo de creerlo...
JUL. Nada más natural: mientras tú guardas las muje-

res ajenas en tu cuarto, no falta un alma caritativa que se introduce tambien en el de tu mujer.

FERN. Pero esto es posible?...

JUL. Pensabas que no habia en el mundo más Tenorios que tú?... pues te has llevado chasco, hijo mio.

FERN. Julian... Julian!.. (Con ira.)

DOM. (No me llega la camisa al cuerpu.)

FERN. (A Domingo.) Diga usted, señor mio... con qué objeto ha venido usted á mi casa? Quién es usted?

DOM. (Si me conoce me mata; callemus.)

FERN. Que quién es usted, pregunto! (Domingo le contesta haciendo gestos.) Está usted mudo?... pues bien, yo le haré hablar de corrido: espérese usted un poco.

ESCENA XVII.

JULIAN y DOMINGO.

JUL. Ven acá, jóven apreciable! (Domingo no se mueve.) Ven acá, no te haré nada. (Se acerca.) Calle! y qué feo es!... pero no importa; escúchame... Te gusta esa mujer?

DOM. Qué mujer?

JUL. Qué mujer ha de ser?.. la que yo encontré contigo en la escalera, la del dominó.

DOM. Entiendu.

JUL. Con que te gusta?

DOM. Es muy garrida.

JUL. Pues bueno; ámala sin ningun cuidado.

DOM. Yo?

JUL. Sí, hombre, ámala, y públicamente; no pases pena.

DOM. Pero si yo...

JUL. Nada, yo te protejo; hace poco era tu mayor enemigo, más desde ahora me convierto en tu defensor. No me preguntes el motivo... que no me lo preguntes he dicho.

DOM. Pero...

JUL. Dale bola!.. no seas pesado, hombre, y haz lo que te digo. (Este vá á ser mi vengador.)

DOM. (Este señorito está ido.)

JUL. Así que la veas, te arrodillas á sus piés, y le dices: «Señora, yo la amo á usted,» y no te importe que haya gente delante. (Que rabie el marido.)

DOM. Yo no hagu eso.

JUL. O te echas á los piés de esa mujer, ó te echo yo á los mios de un pescozon: elije.

DOM. Buenu, buenu. (El lo manda...)

JUL. Pues cuidado.

DOM. (En qué lio estoy metidu!)

ESCENA XVIII.

JULIAN, DOMINGO y FÉRNANDO.

FERN. Con que insiste usted, señor mio, en su propósito de callar? (Pausa.) Es decir que usted quiere que yo le obligue á romper el silencio; no es eso? pues bien, veremos si resiste á esta pregunta. (Saca una pistola y le apunta.)

DOM. Señoritu, no sea usted bárbaro, y usted dispense.

FERN. Calla!... esa voz... será posible?

DOM. (Ahora va á ser ella.)

FERN. (Cogiendo la luz y mirándole.) A ver, póngase usted de perfil... ahora de frente... (Domingo lo hace con recelo.) Esa cara... ese tipo... no hay duda, es él.

DOM. Sí señor, soy el mismo. (Quitándose la careta.)

JUL. Calla! pues si es Domingo!.. Já, já, já!

FERN. Y yo que creí... já, já!

DOM. (Se rien; esto va bien.)

FERN. Pero ahóra que pienso... dí, qué hacias vestido con mi traje en el cuarto de tu ama?

DOM. (Estu ya va mal.)

FERN. Dí la verdad, ó si no... (Toma un baston.)

DOM. No me toque, señorito, que yo se lo diré todo.

FERN. Pues bien, habla, y ay de tí si me engañas!

DOM. Curriente; pero deje usted el palo.

FERN. Ya está: habla.

DOM. Mire usted señorito... la verdad... yo no tengo la culpa, ella se empeñó...

FERN. Y quién es ella?

DOM. La señorita?

FERN. Mi mujer?

JUL. Claro está, quién ha de ser?

FERN. Si me llegas á mentir...

DOM. No mientu, no señor; yo me resistí, pero ofrecióme una moneda de cinco duros, si hacia lo que ella queria...

FERN. Eso más?

DOM. Sí señor, ofreciómela. Y yo, ya vé usted... me conformé.

JUL. Era natural.

DOM. Entonces me mandó que me quitara la levita.

FERN. Que te quitaras la levita?

DOM. Sí señor, mandómelo, y hasta tiróme de la ropa, sí señor, tiróme.

FERN. Pero es posible esto?

JUL. Canta, hijo mio, canta. (A Domingo.)

DOM. Despues púsome estos arrumacos y...

FERN. Y qué?... acaba.

DOM. Y encerróme.

FERN. No cabe más degradacion.

JUL. Pues qué te creias que tu mujer era una santa? Ahí tienes, toma.

FERN. Mira, Julian, sea cual fuere la conducta de mi mujer, yo solo tengo derecho á juzgarla, y no te permito que la faltes en lo más mínimo, lo entiendes?

JUL. Hola! con que quieres que respeten á tu mujer, y tú seduces las de los otros y las encierras en tu cuarto?... me gusta la frescura, hombre.

FERN. Volvemos á las andadas?

JUL. Sí señor, pues no hemos de volver? Crees tú que lo tengo olvidado?... no faltaba más!

FERN. Vive Dios! esto ya pasa de raya, y estoy harto de oir tus bellaquerías.

JUL. Pues las oirás aunque te pese.

FERN. Julian... que voy á hacer una atrocidad.

JUL. Sí?... pues hazla, hombre, hazla.

FERN. Me provocas de nuevo mentecato? espera. (Toma una silla.)

JUL. Anda... anda... (Idem.)

DOM. (Cuandu digu que vá haber palus.)

ESCENA XIX.

JULIAN, DOMINGO, FERNANDO y LUISA.

LUISA. (Interponiéndose.) Otra vez. Por Dios, calmaos.

JUL. Aparta, aparta.

DOM. Señora, yo la amo á usted. (Arrodillándose delante de Luisa.)

LUISA. Qué dice este hombre?

FERN. Calle!

JUL. Qué estás haciendo, badulaque?

DOM. Lo que usted me mandó.

JUL. Yo? tú estás loco.

DOM. Sí señor, mandómelo.

JUL. Quítate de ahí ó te arrimo un puntapié.

DOM. Demonio! (Levantándose.)

FERN. Pero qué nueva comedia es esta?

JUL. Yo te dije que te arrodillaras á los piés de otra.

DOM. De la otra?

JUL. Sí, de la que yo ví contigo en la escalera, cernícalo.

DOM. Pues si fué esta señora.

JUL. Esta?

DOM. Sí señor.

LUISA. Tiene razon.

JUL. Pero si yo á quien sorprendí fué á Elena vestida de dominó, á tiempo que ocultaba á éste, para que yo no le viera.

DOM. Sí señor, ella era.

JUL. Pues entonces cómo puede ser que sea ella, y no sea ella? Si habré visto yo visiones?

FERN. Aquí estamos haciendo el juego de los despropósitos, y es preciso aclarar esto de una vez. Díme la verdad ó te arranco las orejas. (A Domingo.)

DOM. Diablo! (Dando un salto.)

JUL. Habla claro ó te arrimo un pescozon.

DOM. Demonio! (Idem.)

JUL. Cuál fué la señora con quien yo te encontré en la escalera?

DOM. Esta.

FERN. Y quién es la que te ofreció la moneda?

DOM. La otra.

JUL. Pero con cual estabas aquí escondido?

DOM. Con esta.

FERN. Y quién te hizo esconder?

DOM. La otra.

JUL. Pues señor, no lo entiendo.

FERN. Ni yo tampoco. Veremos si adoptando otro procedimiento se consigue hacerle hablar. (Tomando un baston.)

DOM. Pero esto es un atropellu.

FERN. Ahora te daré yo el atropello. Toma tú otro palo, (A Julian que lo toma.) y leña hasta que confiese.

DOM. Repito que es un atropellu, sí, señor. (Huyendo.)

FERN. Espera y verás. (Siguiéndole los dos.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS Y ELENA de dominó.

DOM. Señurita, señurita, sálveme usted.

ELENA. Qué ocurre?

JUL. (Cogiendo á Elena de un brazo.) ¿Ves esa mujer... la ves?... pues esa mujer, que es mi mujer, la tenia escondida en su cuarto tu marido... y no digo más.

ELENA. Quedo enterada.

FERN. Ves ese hombre? (Haciendo lo mismo y señalando á Do-

mingo.) lo ves? pues ese hombre estaba encerrado en tu dormitorio... y me reservo los comentarios.

ELENA. Y qué? (Con calma.)

FERN. Oyes esto? (A Julian.)

JUL. Es chistoso... já, já, já! No he visto descaro igual.

FERN. Ea, señora, hable usted y diga qué significa esto; lo exijo.

LUISA. Sí, prima; explícales lo que ha ocurrido; de tí depende todo.

ELENA. Pues bien; todo se reduce á que Luisa ha hecho la locura de ir á la Zarzuela sin contar con su marido, y vino á pedirme que el criado la acompañara hasta su casa, cuando Julian la encontró en la escalera.



DOM. Ciertu.

ELENA. En cuanto à Domingo, le vestí de ese modo para que fuera á espiarte al baile.

DOM. Ciertu tambien.

ELENA. Pero la venida intempestiva de Julian trastornó mis proyectos, y me obligó á marchar con la doncella detrás de tí, dejando á estos encerrado á cada uno en su cuarto, creyendo que Julian se marcharia tambien enseguida.

FERN. Ya!

JUL. Ya!

DOM. Ya! (Remedándolos.) Lo están viendo?

FERN. De manera que todo ha sido?..

ELENA. Un aviso del cielo para las mujeres que van á los bailes sin permiso de sus maridos, y para los maridos que engañan á sus mujeres marchándose solos.

FERN. Entendido.

LUISA. No volveré á hacerlo más.

ELENA. Y tú?

FERN. Tampoco: y en prueba de ello, propongo que todos juntos nos vayamos ahora á cenar á Jovellanos.

JUL. Por mi parte, aprobado.

DOM. Y por la mia tambien.
FERN. Pues en marcha. (*Se agarran del brazo.—Al público.*)

Si esta cena improvisada
honrar quieres, te convido,
si tú, galante y cumplido
otorgas una palmada.

FIN.

La CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA comprenderá la de todas sus actuales provincias, particularmente consideradas. Describiremos cada una de las ciudades, villas, lugares y puntos de alguna importancia que las componen; su historia antigua; sus varias vicisitudes; su época moderna hasta la presente; sus hijos mas notables ó los que mas se hayan distinguido en ellos; sus fiestas mas populares; su poblacion, industria, comercio, artes, producciones, riqueza, impuestos; en una palabra, su estadística actual considerada bajo todos sus aspectos y relaciones.

Esta obra irá exornada con *viñetas* intercaladas en el testo, y una GALERIA DE RETRATOS y vistas, dibujados y grabados espresamente para esta publicacion por los mejores artistas españoles y estranjeros.

Pero no será meramente un repertorio de memorias é ilustraciones para las personas que busquen lectura instructiva y agradable, sino un compendio utilísimo de noticias, una coleccion de guías para los viajeros que deseen averiguar cuanto haya de notable, de curioso, de preferible en toda poblacion de las que recorran, sea con relacion á sus antigüedades, edificios y establecimientos, sea atendiendo á las comodidades de la vida y á los medios mas á propósito para subsistir agradable y convenientemente en cada punto.

Constará, pues, nuestra obra:

I. De una introduccion que irá al frente de la crónica de cada provincia, con el objeto de dar á conocer su historia antigua, sus divisiones territoriales y las metrópolis, cabezas ó estados de que en otro tiempo dependieron.

II. De la descripcion topográfica de las mismas provincias con todas las partes y pormenores que la constituyen, el catálogo de todos sus pueblos, y cuanto de particular haya que esponer respecto á cada uno de ellos.

III. De la reseña histórica de los acontecimientos mas notables ocurridos, ya general, ya
... en los TIEMPOS MODERNOS hasta nuestros dias.


3 0112 117455078